

se distinguen por su fervor cristiano, son las más pobladas. La bendición de Dios se tiene allí donde se hace un culto del hogar, de la familia... donde se cumple el mandato divino a nuestros primeros padres.

Uno de los males que son origen de la decadencia de los pueblos, es el hijo único. Ciertamente cuando Dios no da más hay que resignarse, pero no se debe desear que sea uno sólo y sobrelevar de mal talante cuando da más de uno. Aparte de los peligros que es poner aquellos amores que se ponen en el fruto querido, y que se pueden perder fácilmente por arrebatarnos la muerte que acecha constantemente al hijo único, resultan que no suelen ser éstos felices en la vida. Criados en un ambiente de capricho, sin saber esquivar los golpes que la vida les asesta, al primer choque con ella suelen fracasar y son seres desgraciados. De todas formas, suelen ser incapaces, en general, y la gran mayoría inútiles para su Patria. Hay excepciones, como es lógico, pero son excepciones... Es un hecho evidente que los hombres importantes, sólo muy rara vez, son hijos primogénitos y casi nunca hijos únicos. De todos es conocido el caso de Beethoven, que era el noveno de sus hermanos, y podríamos multiplicar los ejemplos numerosos. El hijo único es enfermizo, enclenque, no muy adecuado para perpetuar la especie.

La decadencia de un pueblo se ve, como he dicho antes, por el instinto pervertido de desear pocos hijos. La mujer, madre, de los pueblos fuertes no quiere tener uno sólo, sino muchos. Véase lo que dice Oswald Spengler en *Años decisivos*: «La mujer de raza no quiere ser compañera ni amada, sino madre, y no madre de un hijo sólo como un juguete y entretenimiento, sino de muchos. En el orgullo por la abundancia de hijos, en el sentimiento de que la esterilidad es la maldición más dura que puede caer sobre una mujer y a través de ella sobre su



*Dos hermanos de una familia numerosa de ocho. El segundo y el penúltimo hermano.*

estirpe, habla el instinto de las razas fuertes... La mera reflexión sobre el número de hijos deseado o temido, delata ya la extinción del instinto de perduración de la raza, instinto que no puede ser ya reavivado con discursos y escritos. El hombre quiere tener hijos esforzados, que continúen y acrecienten en el futuro, más allá de su propia muerte, su nombre y sus hechos, lo mismo que él se sintió heredero de la obra y el nombre de sus mayores. El matrimonio primordial no tiene nada de sentimental.»

Es decir, el matrimonio está elevado a la categoría de Sacramento por Dios, precisamente para tener muchos hijos. Y la Patria, además, los exige y los necesita.

Es un hecho frecuente el leer en estudios de demografía y en artículos de médicos, que se ocupan de morbilidad en grandes ciudades, que, en las familias numerosas, aquéllas son más elevadas; pero se fijan principalmente en familias de clases humildes, en las que tiene viviendas miserables, infames, que viven con un salario insultante para quien se lo proporciona, y ¡naturalmente!, en estas familias mueren más niños y más miembros de ellas

Pero no es por tener muchos hijos por lo que se producen estas funestas consecuencias, sino por las inadecuadas condiciones de sus tugurios, y hay que inculcar a la sociedad que tolera semejantes injusticias. Dése buena vivienda, limpia, aireada, capaz; proporciónese jornal suficiente, salario familiar en relación con el número de hijos, y veremos si esos cálculos demográficos se caen por su base. Y yo pregunto por qué las clases acomodadas son precisamente las que se lamentan de tener muchos hijos, y es frase corriente el oír: ¡Ya ve usted qué desgracia; con los que éramos y ahora viene uno más! Si no hay problema de jornal escaso ni falta de medios para alimentar a los hijos, pues tienen patrimonio, ni las vi-

viviendas son antihigiénicas, ni, en fin, hay razón alguna para invocar razones de orden económico, ¿qué pretenden justificar sus lamentos? Piensan en la incomodidad, en la disminución de herencia a los demás hijos, etc., y ¡claro!, cuando éstos se dan cuenta de ello y ven un enemigo en el hermano que viene a disminuirles el patrimonio, encuentran normalísimo y decente las quejas de sus padres ante el aumento de la familia. Es el egoísmo, el materialismo que impera en la humanidad quien conduce a estas gentes al suicidio. Y si no, reflexionemos un poco sobre esto. Comparemos una familia cristiana, diría mejor, católica, con otra que no lo sea. La familia católica y el concepto que del matrimonio tiene de la misión a que viene a la tierra, a salvar su alma, tiene los hijos que Dios le da, los cría y educa, nutre la nación de hombres que le dan esplendor, pues la mayoría de los procedentes de estas familias son trabajadores, honrados, eminentes muchos de ellos, la defienden en caso necesario dando su vida. ¿Y en qué mejor empresa? Y, en fin, siguen el ejemplo de sus padres (excepto algún renegado que otro), resultando al cabo de los

*(Continúa en la pág. 54.)*

